

Superperros pastores

En Uharte Arakil se lucen los canes sobre pasarela de hierba. Una ruta de quesos, dólmenes, cuevas y el santuario de San Miguel de Aralar

Oscar Alegría

La sierra de Aralar ofrece su particular cartografía del silencio. Del crepitar de un cirio del santuario de San Miguel al goteo de una estalactita en la cueva de Mendukilo, todo en este macizo transcurre en decibelios mínimos. Por eso no resulta extraño que, a menos de una hora de Pamplona, ya Hemingway eligiera estos tranquilos valles para escapar del bullicio de la fiesta. Hoy la sinfonía sigue igual: rumor de aguas mezclado con tintineo de cencerros y estaciones dolménicas, es decir, el silencio más sepulcral. Además, la legendaria sierra, salpicada de mil hayas sobre un karst milenar, ha aumentado en los últimos años su exhibicionismo. A la visita de sus cimas y al acceso a sus entrañas se ha sumado la posibilidad de caminar sobre sus árboles.

LA SAKANA

Nuestra ruta comienza adentrándose en la Sakana, una comarca situada al norte de Pamplona camino de Vitoria-Gasteiz y enmarcada en un amplio desfiladero entre las imponentes sierras de San Donato y Aralar. Tras recorrer 32 kilómetros se llega a Uharte Arakil, una interesante villa de alto contenido lácteo. Es la

plaza donde cada verano se celebra el concurso de quesos y perros pastor y donde se premia, además, la mejor indumentaria, una especie de cibeles bucólico sobre pasarela de hierba donde la *txapela* ladeada, el blusón negro anudado al ombligo y las abarcas trenzadas sobre empeine en riguroso zigzag marcan las tendencias.

SAN MIGUEL

De Uharte nace una pista de cemento que nos llevará en un retorcido ascenso de 12 kilómetros hasta el mismo santuario (1.237 metros). A estas alturas ya todo es bosque y todo es leyenda. Se dice y se cuenta que el noble navarro Teodosio de Goñi purgó por estos lares un doble parricidio por el que tuvo que penar arrastrando unas pesadas cadenas. El caballero navarro había clavado su daga sobre dos cuerpos que yacían en su cama sin saber que eran sus padres y pensando que en realidad se trataba de su adúltera mujer junto a su amante. Llegado a esta cima, Teodosio sufrió el ataque de un fiero dragón y asistió a la milagrosa aparición del arcángel que con su espada le liberó de las cadenas y de la bestia. En correspondencia, el noble erigió un templo, que hoy exhibe las trazas de un santuario románico



Visitantes en la cueva de Mendukilo, en Astitz. / Óscar Alegría

de tres naves donde se muestran los grilletes del penitente junto a un maravilloso retablo de cobre esmaltado del siglo XII, muy codiciado por famosos amigos de lo ajeno como Eric el Belga.

VALLE DE LARRAUN

Del santuario retomaremos en coche para descender por carretera asfaltada hacia otro valle, el de Larraun. Un primer alto puede ser Guardetxe, la casa forestal de donde parten las principales excursiones al corazón de la sierra y donde, al calor de una chimenea, se puede tomar un caldo que lleva todas las letras de la palabra reconstituyente. Unos kilómetros más abajo no hay que perderse a la izquierda de la carretera el dolmen de Albia, uno

de los ejemplares mejor conservados en este paraíso megalítico llamado Aralar.

LEKUNBERRI

La misma carretera continúa su suave descenso entre un espectacular bosque de hayas. Más abajo aparecen dos pueblos, Iribas y Baraibar, con buenos ejemplares de casas navarras de montaña, ésas con aforo para familia numerosa más ganado multitudinario. Tras 17 kilómetros se llega a Lekunberri, la cabecera del valle, con un casco histórico de casas blasonadas y el agradable hotel Ayestarán, todavía con su atmósfera de gran balneario. Por sus habitaciones pasaron Orson Welles (que convirtió estos rincones en escenario shakesperiano

para sus *Campanadas a medianoche*) y el mismo Hemingway (que envió agradecido una foto del hotel hecha por él mismo con la feliz rúbrica de “un huésped muy contento”).

La villa suma más recuerdos. De la antigua estación del Plazaola nacen hoy sendas verdes para recorrer a pie o en bici, y hay un antiguo vagón visitable donde se cuentan las andanzas del viejo tren que unía Pamplona con San Sebastián. En el túnel de Uitz, uno de los más largos de la época, la locomotora se veía obligada a reducir su velocidad a 10 kilómetros por hora para atravesar casi tres kilómetros en absoluta oscuridad. Las parejas aprovechaban entonces para darse el beso más largo de la historia.

En el mismo Lekunberri, otra atracción reciente es el parque de Beigorri, un recorrido de 250 metros sobre un robleal acondicionado con tirolinas y pasamanos donde es posible emular al barón rampante y caminar durante una hora por los árboles sin tocar el suelo (teléfono 609 04 40 71; 15 euros).

CUEVA DE MENDUKILO

Y el regreso a Pamplona se puede iniciar por la carretera que lleva hacia la cueva de Mendukilo en Astitz (teléfono 948 39 60 95; 7 euros) para rematar el día en las entrañas de Aralar. La cueva, levemente iluminada y con visitas a cuentagotas, mantiene respetuosa su pulso medioambiental. Una verja de barrotes horizontales diseñada por un experto en quirópteros permite todavía la entrada a los murciélagos de herradura. Dentro, orejas de elefante, estalactitas, estalagmitas y gurs conforman las tripas del macizo, el mismo que hace unas horas dominábamos desde las alturas. Aquí, sin embargo, el santuario es otro: la sala principal es conocida como Herensugearen Gotorlekua, es decir, la morada del dragón, y en ella la visita guiada invita a mantener 40 segundos de silencio después de apagar todas las luces. El final tiene así una vieja constatación sensorial: el silencio es doble si es oscuro.



El santuario de San Miguel de Aralar, en cuyo interior se guarda un afamado retablo del siglo XII. / Patxi Uriz